

UN AUTOR DE “LA LITERATURA DEL DESASTRE”: ANTONIO LEDESMA HERNÁNDEZ

ANTONIO JOSÉ LÓPEZ CRUCES

Aunque el nombre del abogado y escritor almeriense Antonio Ledesma Hernández¹ -a quien llama el historiador Vicente Cacho Viu “una interesante figura menor de la proteica literatura del Desastre”² aparece algunas veces a causa de su libro *Los problemas de España*³ en la bibliografía sobre el regeneracionismo hispano,⁴ apenas han merecido comentarios su postura ante la guerra con los Estados Unidos o el talante de sus propuestas regeneracionistas. Sin embargo, abundan los textos, tanto publicados como inéditos, en los que el escritor deja ver el fuerte impacto que le causaron las derrotas de 1898, acaecidas cuando cuenta cuarenta y dos años de edad. Ledesma ha madurado como persona y como abogado durante la España de la Restauración; nunca ha dejado de interesarse vivamente por la política, aun después del fracaso de su aventura en la *Democracia Monárquica* de Segismundo Moret, político por el que sentirá siempre una honda admiración;⁵ ha tenido ocasión de conocer en persona a Salmerón, a Dato,

1 Sobre Ledesma pueden consultarse nuestros trabajos *Introducción a la vida y la obra de Antonio Ledesma Hernández (1856-1937)* y *El Libro de los recuerdos (1856-1922)*, edición parcial de sus memorias inéditas, ambos publicados por el Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 1991 y 1997 respectivamente; nuestros artículos en el *Boletín del Instituto de Estudios Almerienses*: “Un epistolario inédito dirigido al escritor almeriense Antonio Ledesma Hernández”, *Letras*, 6, 1986, pp. 25-40; “Noticia del comerciante y político Antonio Hernández Bustos (1809-1879)”, *Letras*, 11-12, 1992-1993, pp. 119-146; “Ledesma contra Salmerón”, *Letras*, 14, 1995, pp. 63-89. Y “Antonio Ledesma Hernández, alumno del Instituto almeriense (1867-1870)”, en *150 aniversario del Instituto de Bachillerato de Almería. Actas del I.B. Nicolás Salmerón y Alonso, 1845-1995*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 1995, pp. 85-102.

2 Biblioteca Nueva, Madrid, 1997. Concretamente, en el artículo “Francia 1870-España 1898”, recogido nuevamente en *Revista de Occidente*, núm. 202-203, marzo de 1998, pp. 9-42, donde en la p. 19 consta, por error, que *Los problemas de España* se editó en la Tipografía de Fernando (sic) Murcia.

3 Tipografía de Fernández Murcia, Almería, 1898. El libro conoció, al menos, tres ediciones. Fue reseñado por Antonio Fernández Navarro en la sección “Lo que se lee” de *El Ferrocarril* de Almería el 31 de diciembre de 1898.

4 En su edición de *El problema nacional* de Macías Picavea (Seminario y Ediciones S.A., 1972, p. 23), Fermín Solana incluye la obra de Ledesma entre la de los regeneracionistas españoles que publicaron su trabajo en 1899, aunque en realidad el libro de Ledesma apareció en 1898. En el volumen *La crisis de 1898* (Ariel, Barcelona, 1998) y en el epígrafe “El regeneracionismo español”, Antoni Miramon escribe, tras mencionar a los primeros regeneracionistas catalanes: “En otras zonas del estado español proliferaron, en esta misma época, los regeneracionistas supuestamente científicos y sistemáticos. Entre otros, cabe destacar a Ricardo Macías Picavea, Joaquín Costa, Antonio Ledesma, Lucas Mallada...” (p. 85).

5 La breve aventura política de Ledesma comienza con su conferencia *Las diferentes formas de gobierno*, pronunciada con motivo de la inauguración del curso 1881-1882 del Ateneo de Almería y concluye en 1884. Ledesma estuvo a punto de ser elegido diputado por Moret, pero un súbito cambio del encasillado, realizado por Posada Herrera, frustró dicha posibilidad.

a Silvela o a Romero Robledo (también probablemente a Cánovas y a Maura). Por todo ello, lo ocurrido durante el trágico verano del 98 en modo alguno podía dejarlo indiferente.

Cuando en 1892 pronuncia, a sus 36 años y con motivo de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América, su *conferencia Colón, América, España*⁶ en el Círculo Católico de Obreros de Almería o canta, sin desperdiciar ninguno de los tópicos de la Hispanidad, la íntima unión entre España e Hispanoamérica en su poema *El himno de la raza*⁷, nada hace pensar a Ledesma que el país pueda llegar a perder un día sus colonias americanas.

El 24 de febrero de 1895 se lanza el Grito de Baire, que da inicio a la Guerra Grande o Guerra de la Independencia de Cuba. Ledesma nos confiesa en uno de los capítulos de sus memorias, tituladas *El Libro de los recuerdos*: “Cuando se lanzó este grito tuve yo una conferencia con Moret en que, creyendo cumplir un deber patriótico, le expuse un plan salvador contra la catástrofe que veía venir. Era indudable, la gran nación yankee metía la mano nuevamente en nuestras posesiones ultramarinas y ahora no se iría sin su presa. Tenía en los mares una poderosa escuadra, se había enriquecido fabulosamente en el comercio mundial y andaba en inteligencias con Inglaterra, constante enemiga nuestra. En Europa se habían formado dos grandes grupos de naciones, la Triple Alianza y la Duple, que se miraban recelosas armas al brazo y a ninguna de ellas convenía entonces por favorecernos adquirirse un enemigo más allende el Atlántico. Estábamos solos y nuestras fuerzas eran débiles para resistir otra guerra colonial y luego una intervención americana. Era preciso salir de aquel mal paso de una manera útil para nuestra nación. Alguna vez teníamos que desmontar de Rocinante y echar como Sancho requesones en el yelmo de Mambrino”. La solución que Ledesma propone al político amigo es la que ya Prim ensayó sin éxito en 1870: la venta de las colonias, concebidas como meras fincas de la nación. Las ofertas de compra de la isla de Cuba habían venido sucediéndose desde 1823 por parte de los presidentes norteamericanos, concretamente: Adams, Polk, Buchanan y Grant. En febrero de 1898 y en tono de ultimátum, el presidente Mac Kinley volverá a intentar, infructuosamente, su compra a cambio de trescientos millones de dólares, a los que añadía, en caso de haber acuerdo, otro millón de dólares para los eventuales negociadores españoles. La solución, explica Ledesma, era “también para el hueso de Filipinas y las salpicaduras de islas que poseíamos en el extremo Oriente. Ya las Carolinas nos costaron un conflicto con Alemania. Los tagalos no cesaban en sus turbulencias. Estas posesiones y las de América eran trastos viejos y carcomidos de nuestro gran Imperio en que no se ponía el sol. Había que venderlo todo: proponérselo así al país y convencerle”. Aunque el abogado es hombre idealista y soñador, en esta ocasión no dejó volar su fantasía: “Todo este proyecto -señala- lo llevaba yo apoyado en datos exactos, traducidos en cifras de innegable realidad. Moret lo alabó y lo apretó contra su corazón, pero aquella, me dijo, era “una efusión íntima”. El que patrocinase tal solución, el que la propusiera sería considerado un mal patricio, un traidor a su patria. Esto es -dijo- lo que no puede decirse”.⁸

⁶ Ledesma la incluyó en un volumen titulado *Discursos académicos* (Fondo “Antonio Ledesma”. Biblioteca “Francisco Villaespesa” de Almería).

⁷ Inédito (Fondo “Antonio Ledesma”. Biblioteca “Francisco Villaespesa” de Almería).

⁸ “Lo que no pudo decirse”, cap. XXXIV de *El Libro de los recuerdos (1856-1922)*, edición de A. J. López Cruces, Instituto de Estudios Almerienses, Diputación Provincial de Almería, 1997, p. 171. (En adelante citamos esta edición, en la que recogimos 40 de los 95 capítulos de las memorias originales, como ELR).

Ledesma se dolerá siempre de que una solución tan ventajosa para el país, y que tantas voces defendían, no fuera llevada a cabo. Cuando el protagonista de su interesante novela *Canuto Espárrago*⁹ intente ser diputado de la nación, no dejará de llevar entre sus propuestas al electorado la de la venta de las colonias: “Nuestra Hacienda estaba ahogada; nuestro poderío colonial era muy débil (...) Por Cuba y Puerto Rico podríamos endosar a la República Norteamericana toda nuestra deuda interior y exterior perpetua y amortizable, y por Filipinas, juntas o divididas, podríamos conseguir un capital cuya renta enjugase nuestro Presupuesto de gastos. Nos quitábamos así la carga de nuestras deudas y cubríamos el resto de nuestras obligaciones, y todo cuanto el país tributara, que bien podía aliviarse en gran parte, iría al propio país a invertirse en grandes obras reproductivas: canales, pantanos, repoblaciones de montes, granjas agrícolas, primas de producción, y defensas nacionales. Así seríamos un pueblo próspero y respetado”.¹⁰

El 8 de agosto de 1897 es asesinado Cánovas en el balneario de Santa Águeda por el anarquista italiano Angiolillo, que quiso así vengar a los anarquistas fusilados en el castillo de Montjuich. Impresionado por el magnicidio, Ledesma, que no prodigó precisamente los elogios al artífice de la Restauración,¹¹ dedicará al político andaluz su respetuoso soneto *A la muerte de Cánovas*.¹² Poco después, y presionado por la administración norteamericana, el Gobierno español destituye al general Weyler cuando su bárbara estrategia había logrado aparentemente pacificar Cuba. Tras llegar al poder en octubre de este año el gabinete liberal que preside Sagasta, Moret, en calidad de ministro de Ultramar, concede por decreto la autonomía a la isla,¹³ aunque dicha medida no servirá para evitar la guerra, dada la decidida ambición expansionista mostrada por la joven nación norteamericana.

En efecto, se ha entrado en la recta final del conflicto colonial y el 25 de abril de 1898 los Estados Unidos declaran la guerra a España. Ledesma, que se halla ese mes en la Corte por motivos profesionales, tiene ocasión de presenciar el entusiasmo bélico que flota en el ambiente: “Los alrededores del Congreso y el Senado estaban rebosantes de alocadas multitudes que en grandes ríos aflúan por todas las calles. La Puerta del Sol, corazón de la urbe, palpita fuertemente al son de los himnos marciales. La prensa publicaba extraordinarios enardeciendo las imaginaciones, hacía cálculos comparativos, presentaba estadísticas de las fuerzas militares y navales de ambos estados beligerantes”.¹⁴

El abogado vuelve a visitar estos días a Moret, con quien compartirá momentos de honda zozobra: “Moret no era partidario de la guerra. Quiso evitarla y acabar la insurrección con la

9 Imprenta de Fernández Murcia y Compañía, Almería, 1903, 2 vols, 531 pp. Ledesma incluye esta novela, junto a las tituladas *La nueva salida del valeroso caballero don Quijote de la Mancha* (1905) y *El diácono Dionisio* (inédita), en un llamado “Ciclo de los regeneradores”.

10 “Inri”, t. I, Tercera parte, cap. VIII, p. 233.

11 Cf. ELR, cap. XXIV, “La vil política”, pp. 121-122. En la novela de Ledesma *Canuto Espárrago* (1903), Cánovas es *don Antonio Vitroque*. Ledesma sólo lo elogia en una ocasión: por su labor política a raíz de la delicada situación creada tras la muerte de Alfonso XII (*El libro de los recuerdos*, “¡Qué conflicto!”, II, 20).

12 Fondo “Antonio Ledesma”. Biblioteca “Francisco Villaespesa” de Almería.

13 En ELR, cap. XXVI, “La muerte del luchador”, elogia encendidamente Ledesma la ley que Moret “defendió y refrendó aboliendo la esclavitud en Cuba y Puerto Rico”.

14 ELR, cap. XXIV, “Lo que no pudo decirse”, p. 172.

autonomía de Cuba y, como no bastó, echó el peso de su inteligencia contra el platillo de las resoluciones belicosas, pero el pueblo, que lo supo, le tomó ojeriza y el noble político tuvo que encerrarse en su casa, y su calle hubo de ser custodiada contra el rencor de las multitudes por patrullas de la guardia civil. Yo era de los pocos que le veían, cabizbajo, entristecido por aquel oprobio que suelen inferir a los bienhechores los falsos judas y las muchedumbres que crucifican a Cristo y salvan a Barrabás”.¹⁵

En la novela *Canuto Espárrago*, Moret será *el señor Tomillo y Mejorana*, el único prohombre del partido liberal de *Tirabeque* (Sagasta)¹⁶ que intentó evitar a toda costa una guerra absurda: “pero de tal suerte se había extraviado a la opinión pública con los falsos datos de nuestras fuerzas y recursos bélicos, que no pudo resistir con éxito la decisión de sus compañeros y hasta peligró su seguridad personal, por sus consejos pacíficos. Después, ni se estimaron sus advertencias, ni se apreció su sacrificio; pero la Historia le hará justicia, culpándole solamente de que con sus talentos, con sus clarividencias, con sus grandes ideas y con sus palabras, se hubiese supeditado a Tirabeque”. Contagiado del derrotismo que ha observado en Moret, Ledesma presagia un funesto desarrollo de la guerra para España. Contemplando desde el balcón de su hotel “el gran Missisipi de cabezas humanas enloquecidas correr por la calle de Alcalá lanzando gritos de guerra a los acordes de la marcha de Cádiz”, se acuerda de las cuartillas rotas de su proyecto de venta de las colonias: “y pensé que habiendo sido financiero y práctico por una vez en mi vida resultaba todavía el más iluso y utopista”.¹⁷

Ni Moret ni Ledesma consideran preparada a la Marina española para un enfrentamiento con un adversario que cuenta con todas las ventajas estratégicas. En el capítulo inédito de sus memorias titulado “La Numancia”, el escritor, tras constatar la decadencia del glorioso buque, ahora reducido a “humilde guardacostas”, menciona el incidente del mercante norteamericano *Virginus*, apresado en octubre de 1873 por el buque español *Tornado* cuando transportaba insurrectos cubanos a la isla. El fusilamiento de 57 de sus tripulantes amenazó con provocar la intervención de los Estados Unidos en la guerra de Cuba. A juicio del abogado, España -que en su día desaprovechó el sensacional invento del submarino por no apoyar ni a Monturiol ni a Peral-¹⁸ debió extraer las lecciones de aquel incidente y acometer con decisión la creación de una formidable escuadra repleta de Numancias “cada vez más grandes, más fuertes, mejor artilladas...”.¹⁹

A la valiente e impopular postura pacifista del ministro de Ultramar, Ledesma opondrá de manera reiterativa en sus textos, y en especial en su novela *Canuto Espárrago*, la maquiavélica actitud del astuto Sagasta / *Tirabeque*. El plan de éste consiste en realizar un simulacro bélico para perder las colonias en un *duelo a primera sangre* con objeto de salvar el honor nacional y de poder echar la culpa al destino o a la suerte adversa de las armas. Con tal de salvar la mo-

15 *Ibid*, p. 173.

16 Sobre Sagasta, véase ELR, cap. XXIV, “La vil política”, pp. 122-123.

17 *Canuto Espárrago*, “El Desastre”, t. II, Quinta parte, p. 139.

18 ELR, cap. XXVII, “La Gran Guerra”, pp. 185-189.

19 Y añade un exaltado Ledesma: “...para haber metido el mijo a los ilustres mercaderes de carnes en conserva, allende el Atlántico y, llegado el caso, haber derribado a balazos en Nueva York la Estatua de la Libertad iluminando al mundo” (*El libro de los recuerdos*, I, 9.)

narquía y el sistema de turno de los partidos, del que gozan él y los suyos, el político no dudará -siempre según el escritor- en poner en peligro el honor del país, la vida de sus hijos y la misma existencia de España como nación.²⁰

En el capítulo inédito de sus memorias titulado, al igual que una obra de Echegaray, "Cómo empieza y cómo acaba",²¹ Ledesma repasará el transcurso de la guerra con los norteamericanos desde la llegada del *Maine* a la Habana el 25 de enero de 1898 hasta los Tratados de París firmados el 10 de diciembre de ese año. Escamado ante la amenazadora visita del *Maine*, el abogado confiesa haber vendido de inmediato "un poco de papel del Estado que tenía, porque vislumbré la inmediata guerra". Tras destacar la superioridad naval norteamericana, denuncia la ausencia total de un plan de campaña, lo que cree suficientemente acreditado en las conversaciones entre el ministro de Marina y el almirante Cervera, al que las órdenes que recibe desde Madrid sumen en la angustia y la perplejidad: la escuadra no tiene suficiente carbón ni municiones, y su artillería es altamente deficiente; de partir hacia Puerto Rico tal como se le ordena, el desastre es seguro y, además, se perderán también las Filipinas.

El abogado, que pudo escuchar de labios del mismo Cervera y del jefe de la Armada Víctor María Concas y Palau las causas de los desastres del 98 cuando los dos marinos asisten en el verano de 1900 a la entrega de los premios del Certamen Naval de la Sociedad de Amigos del País almeriense, hace de quien estuvo al mando de la escuadra española este retrato, lleno de admiración hacia su persona: "...gran marino, hábil táctico, valeroso en la determinación, prudente en el consejo. Era de elevada estatura, de recia complexión, curtido en el agua salobre, de edad avanzada pero fuerte como un cetáceo. A él se encomendó la defensa del honor nacional y hay que reconocer que después de haber dicho la verdad al Gobierno sobre la desigualdad de aquella guerra y sobre el vencimiento irremediable de su flota cumplió como bueno entregándose al sacrificio empeñando el decisivo combate en que fue derribado con su buque almirante al mar y si no se ahogó fue, según creo, porque tal era su estatura que tocaría con los pies en el fondo y aun le sobresaldría la cabeza por cima de las olas".²²

Recordando la penosa situación del ejército de Cuba, "hambriento y desnudo", inutilizado a causa del bloqueo de la isla, y la escasa defensa de las Filipinas, encomendada a un pequeño ejército desatendido y a "unos pocos barquichuelos de madera inútiles para todo combate", Ledesma se lamenta, teniendo el pensamiento una vez más en la nunca realizada venta de las colonias: "Era un dolor esta situación, clara siempre a la vista y no comprendida nunca por la ceguedad de nuestros hombres de Estado. Y no hubo entre ellos un alma caritativa que le buscara una solución práctica antes de llegar a la más desastrosa de todas".

20 "Sagasta imaginó otro expediente más hábil. Ir a la guerra de mentirijillas, pelear por el honor nacional al parecer y, a las primeras de cambio, darnos por vencidos por la fuerza superior de la nación americana y dejarlo todo perdido menos el honor. Era una solución para engañar al pueblo, para no decirle abiertamente que deberíamos abandonar Cuba y abandonarla desde luego sin provecho y con daño" (ELR, cap. XXIV, "Lo que no pudo decirse", p. 172).

21 *El Libro de los recuerdos*, III, 4. Así subtítula también en 1899 Agustín Pérez Rioja su libro *La tragedia de América*.

22 Algunos autores destacan, en cambio, los graves errores en que Cervera incurrió durante su actuación al mando de la escuadra española. Cf. Mariano González-Arnao Conde Luque: "Cómo y por qué fue destruida la escuadra de Cervera", *Historia 16*, núm. 233, pp. 25-38, septiembre de 1995; Eliseo Álvarez-Arenas: "Lo naval en el 98...", *El País*, 1 de junio de 1998.

Sobre la explosión del *Maine*, que los norteamericanos tomaron como pretexto para llevar a cabo su guerra “agresiva y expoliadora”, el abogado señala que fue un accidente causado por “el descuido de sus oficiales o por combustión espontánea de los explosivos de sus paños”. Recuerda a continuación la llegada de la escuadra al puerto de Santiago, el bloqueo de la misma por la poderosa flota del almirante Sampson, el sitio de Santiago por los insurrectos y el desembarco de las tropas norteamericanas. Y para denunciar la penosa situación de nuestro ejército en Cuba en esta lamentable coyuntura y destacar lo absurdo de la tragedia vivida el fatídico 3 de julio de 1898 por la escuadra española, recoge el testimonio aportado por Concas y Palau en su libro *La escuadra del almirante Cervera* (1899),²³ cuya publicación costó a su autor un Juicio de Guerra por sus acres censuras contra la ineficacia de los políticos de la Restauración durante el conflicto con los norteamericanos. Ledesma se traslada luego al escenario de las Filipinas para lamentarse de la sonrojante facilidad con la que el almirante George Dewey destruyó el 1 de mayo los pocos barcos que se hallaban frente al arsenal de Cavite: “Fue otro asesinato a mansalva y tras él llegó la fácil toma de Manila”.

El pueblo madrileño recibía atónito las noticias de las graves derrotas marinas, pero “pasado el momento de estupor, se iba a los toros, llegaba a la gran plaza, gritaba a los matadores, pedía caballos y salía enronquecido y aguardentoso comentando más que la pérdida de nuestros territorio la estocada de la tarde o las banderillas al quiebro de *Guerrita*”. En cuanto al Gobierno, Ledesma piensa maliciosamente que celebró el éxito de su plan, “la pronta derrota para la pronta paz, el simulacro de salvación del honor nacional y la resignación del pueblo o su aturdimiento. Por precaución sacó a la Puerta del Sol la caballería, temiendo una asonada, pero nada absolutamente sucedió. El pueblo de Madrid y el de España toda seguía paca incluye esta novela, junto a liones, y Sagasta, viendo sobrepujados sus cálculos de político de campanario con aquella quietud, decía a los amigos de su tertulia: “En mi tiempo no habrían quedado ni los rabos”.

A la hora de buscar responsabilidades, Ledesma no dudará en señalar a los políticos como únicos culpables. Su bestia negra será Sagasta, quien, como Cánovas, careció, a su juicio, de una adecuada política exterior capaz de sacar a España de su aislamiento internacional, por haberse dedicado en exclusiva a su “política de campanario”.

Los mandos del Ejército, que, en medio de una fuerte ola de revisionismo nacional, defenderán con decisión su actuación durante el desgraciado verano del 98 y que se negarán a reconocer cualquier responsabilidad en la derrota, no merecen crítica alguna por parte de Ledesma, quien destaca, en cambio, las penalidades de los soldados o su valiente actuación en combate, citando como ejemplo la muerte de Joaquín Vara del Rey durante la heroica defensa de El Caney. Por eso aprovecha un momento de intensa emotividad de su novela *Canuto Espárrago*, el del lastimoso regreso de un contingente de soldados repatriados de las colonias, al comienzo del capítulo titulado “El Desastre”, para dirigir su dedo acusador contra la clase política en su conjunto: “Eran los días luctuosos. A las ciudades españolas de las costas y a Miralmar (la Almería de la novela) entre ellas arribaban los negros barcos de vapor, con la bandera a media

23 Víctor María Concas y Palau (1845-1916) llegó a ser ministro de Marina. Su libro se reeditó en 1901 y la malagueña editorial Algazara lo ha vuelto a reeditar en 1992 con un prólogo de José Cervera Pery.

asta, cargados de espectros y moribundos. Se les veía desembarcar en los muelles, a racimos, tambaleándose, amarillos, flacos como esqueletos, y caer en camillas y furgones, y ser llevados a hospitales y sanatorios, con los uniformes de rayadillo destrozados, los pies descalzos y los ojos muertos. Las madres, los hermanos, las prometidas, las gentes todas en tropel abrazábanse a ellos entre gemidos y les seguían, lanzando contra sus verdugos tremendas maldiciones. / -¡Madre! -decía el que podía balbucear algunas palabras, ¡si no hemos peleado! ¡si nos han consumido de hambre y de vergüenza, y nos han entregado vilmente...! / -¡Yo vengo de Santiago, exclamaba el de más allá; no teníamos nada, ni cañones montados; así se nos entró la escuadra yanqui, como Juan por su casa, y destrozó nuestros barcos de madera vieja. / -Íbamos en el *Colón*, contaba otro: buen crucero; pero sin su artillería gruesa, sin carbón, sin municiones casi. Cuando nos mandaron salir, sabíamos que era a la muerte, y fuimos. ¡Canallas! los enemigos no pelearon: incendiaron y destruyeron a mansalva, con bombas de melinita. Por primera vez oíamos que hubiera esto. / De los trasatlánticos seguían saliendo masas de repatriados, cadavéricos y haraposos, y los que no cabían en los hospitales y asilos de la Cruz Roja ni tenían familias que les recibieran, después de escoltados por las muchedumbres, se desparramaban por los caminos con los pañuelos atados a las cabezas febriles, pidiendo limosna de puerta en puerta y de cortijo en cortijo, para poder llegar a sus hogares. / El sol de España, siempre espléndido, parecía cerrar los ojos para no mirar tanto desastre. Durante aquellos meses lúgubres, la bandera de la patria dejó de flotar, y si se alzaba en algún día señalado, colgaba como un pingajo, muerta y descolorida, avergonzada de su derrota”.²⁴

Que Ledesma siguió día a día con interés o indignación el devenir de los desgraciados acontecimientos de 1898 lo demuestran también diversos poemas donde aborda, directa o indirectamente, la guerra con los norteamericanos, en el tono patriótico y altisonante característico de la poesía de los Juegos Florales, en los que el escritor gustaba de participar y en los que llegaría a obtener hasta trece flores naturales: *A la patria, ¡Cádiz!*, *Canto a Grecia*, o las fábulas *Los bandidos y el viandante* y *Sardinas y tiburones*.²⁵ *Los bandidos y el viandante*, que narra cómo un hidalgo español es robado impunemente por una cuadrilla de salteadores, concluye de esta manera: “Yo pregunto a Mac Kinley: / “Si eso en Washington pasa, / ¿a esa canalla no arrasa, /prende y castiga la Ley?” / Mas responde y con razón / que el atraco es, no te asombre, / delito si lo hace un hombre, / y gloria si una nación”.

Con algunos antecedentes ilustres como *España tal como es* (1886) de Valentí Almirall, *Los males de la patria y la futura revolución española* (1890) de Lucas Mallada, *En torno al casticismo* (1895) de Unamuno o *Idearium español* (1897) de Ángel Ganivet, el libro de Ledesma *Los problemas de España* se anticipa por muy poco a la abundante bibliografía de carácter regeneracionista que verá la luz entre la firma el 10 de diciembre de los Tratados de París y el final de la Regencia de María Cristina, al alcanzar Alfonso XIII la mayoría de edad en mayo de 1902. Con su trabajo, comenzado a redactarse tras las derrotas de Santiago y Cavite y concluido antes de finalizar octubre de 1898, Ledesma desea estimular el recién nacido mo-

²⁴ *Canuto Espárrago*, t. II, Quinta parte, capítulo primero, p. 109.

²⁵ Este poema y el resto de los citados se conservan en el Fondo “Antonio Ledesma”. Biblioteca “Francisco Villaespesa” de Almería.

vimiento de las Cámaras de Comercio, que piensan reunirse desde el 20 de noviembre en Zaragoza para presentar al Gobierno sus reivindicaciones y proyectos de reforma del Estado. El volumen, editado a expensas del escritor -que vive por entonces en la Plaza de la Virgen del Mar, 12- y confeccionado en la imprenta almeriense de J. Fernández Murcia y Compañía, se venderá al precio de una peseta y cincuenta céntimos. En su portada figuran los colores de la bandera española y Ledesma hace valer en ella su condición de “Abogado de los Tribunales de la Nación”. Al frente de la edición puede leerse: “Este libro no es propiedad de su autor. Las ideas son el aire y la luz del espíritu y nadie debe apropiárselas. Cuando pueden llevar algún elemento de salud, el monopolio resulta más injusto. Todos están autorizados para reimprimir libremente estas páginas”.²⁶

Ledesma se considera perteneciente al “gran partido neutro”, el de las clases medias, que a lo largo de 1898 abandonan su postura “neutra” para pasar a poner cerco al estado con sus protestas y exigencias. El llamamiento de la Cámara de Cartagena -que desea que la voz de las Cámaras de Comercio “se haga oír en orden a la transformación de los medios de gobierno” -están en la génesis de la Asamblea de Zaragoza. Joaquín Costa, que cuenta con el apoyo de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, se dirige al país el 13 de noviembre de este año a través de un conocido *Mensaje y Programa* en el que exige un enérgico cambio de dirección en la política estatal. En adelante todos sus esfuerzos irán encaminados a crear un partido político regenerador con el que acometer “una revolución desde arriba” que evite la “revolución desde abajo”.

De *Los problemas de España* nos dirá el abogado en su obra autobiográfica inédita *Mis obras y mis días*: “Acabábamos de perder Cuba y Puerto Rico, se estaba concertando el tratado de paz de París que había de dejarnos sin Filipinas y yo me decidí a emitir mi opinión sobre los problemas de España llevado de mi patriotismo y solicitado por nuevos hombres que se titulaban “regeneracionistas”. Fue un movimiento que iniciaron las Cámaras de Comercio en España contra los políticos del turno pacífico que nos habían perdido y arruinado y a mí me pareció que era rehacer el país introduciendo una nueva política y desprendiéndose de vicios, errores y concupiscencias crónicas en nuestros gobernantes. / Mi libro fue bien acogido, pues ofrecía nuevos ideales y condenaba las viejas maneras de llevar el bajel del estado, roto siempre y descompuesto en sus líneas de flotación. / En los capítulos de mi obra pueden verse esbozadas mis ideas, pues no quise hacer un libro voluminoso que se cayera de las manos, sino rápido y de pocas páginas, que se leyera y pudiera meditarse. Era un puñado de semillas lanzadas sobre la tierra abierta en surcos por el hierro de la guerra y empapada en la sangre de los vencidos y en el sudor de vergüenza de los humillados”. Luego pasa a resumir los remedios que sugirió en su libro para luchar contra las camarillas y bandas de políticos que desangraron y arruinaron al país llevándolo a la guerra con los Estados Unidos: “un levantamiento pacífico pero enérgico de la clase neutra, una deportación fuera de parlamentos, municipios y diputaciones de los políticos de profesión y una reconstitución del régimen bajo las bases de las elecciones dentro de los gremios, donde los caciques no pudieran intervenir, partiendo el saneamiento desde abajo hasta lo más alto, al revés de lo que últimamente predicó Maura, que quisiera hacer la revolución desde arriba. / No, desde arriba no se haría nunca la revolución ni la renovación tan

²⁶ *Los problemas de España*, Almería, 1898, 3ª edición, p. 4.

siquiera. (...) Y desde abajo, ¿quién iba a mover esa masa inerte y acorchada si no eran los nuevos hombres de las Cámaras de Comercio autores de la protesta?"²⁷

Ledesma procede a cantar las excelencias del nuevo partido del comercio, la industria y la propiedad, compuesto por hombres independientes, honestos y experimentados, capaces de devolver al país el pulso que Silvela no le encontraba en su artículo de *El Tiempo* del 16 de agosto. Pretende identificar los intereses de las "clases contribuyentes" con los intereses de la patria y asegura que los hombres nuevos llevarán a cabo una cuidadosa administración de los intereses de la nación y estimularán la vida económica de ésta tras haberse organizado en Ligas de Contribuyentes y haber obtenido una representación en el poder correspondiente a su peso real en la vida española.

Así justifica el abogado su adopción de una postura de tinte regeneracionista: "...soy un ciudadano español amante de su patria, que no ha sido Ministro, Senador, Diputado, ni siquiera concejal; pero que se ha preocupado y preocupa de los asuntos de ella, lamentando el extravío de sus gobernantes y la ceguedad y bajo vuelo de sus políticos; que jamás ha solicitado el voto de sus conciudadanos para escalar posiciones oficiales, ni intervino arriba ni abajo en el manejo de la cosa pública, convencido de que estaba entregada a una codiciosa explotación en la que repugnó tomar parte; mas, por lo mismo que nada fui ni soy, créome mejor capacitado que los que todo lo fueron, incluso autores de nuestras dedichas, para formular imparcialmente opiniones y remedios de los males que lamentamos."²⁸

Aunque en el capítulo I de *Los problemas de España* solicita Ledesma a don Quijote que vuelva a su casa y se olvide de los libros de caballerías, en el capítulo II propondrá al país un nuevo sueño imperial más asequible, más de acuerdo con su geografía y sus posibilidades reales. Los objetivos habrán de ser: la expansión por Marruecos, la recuperación de Gibraltar y la creación de un Imperio Ibérico.²⁹

En los restantes capítulos del libro, el autor, que no cree que España sea una "nación moribunda", somete a un severo enjuiciamiento al sistema político liberal, que, falto de una legítima representatividad, gobernó apoyándose en los pilares de la oligarquía y el caciquismo, y propone realizar numerosas reformas en los distintos ministerios con vistas a economizar gastos y evitar dispendios y derroches, aun a costa de despedir a buena parte del personal de la Administración. Especial interés tiene la kafkiana pintura que el abogado hace en los capítulos VI y VII de la lenta y cara justicia española del fin de siglo. España debe crear una nueva escuadra en la que los buques estrella habrán de ser, como ha demostrado la experiencia de la guerra, los acorazados y no los cruceros y los torpederos, para lo cual no deberán disminuirse las partidas de los presupuestos destinados a la marina. No falta la llamada a una política hidráulica y agrícola adecuadas o a medidas proteccionistas para nuestra economía, ni la solicitud de una descentralización administrativa o el consejo de encauzar los nacientes regionalismos a través de la vida de Municipios y Diputaciones.

En diciembre de 1898 se consuma en París la expoliación de España: "por haber perdido cuatro cruceros -se lamenta Ledesma- perdimos Cuba y Puerto Rico y por haber entrado en

27 Cap. XIX. Fondo "Antonio Ledesma". Biblioteca "Francisco Villaespesa" de Almería.

28 *Ibid.*, p. 11.

29 *Ibid.*, p. 24.

Manila los yankees dejamos en poder de ellos todas las Filipinas y demás posesiones de la Oceanía, 1.800 islas en junto, diez millones de habitantes, cientos de miles de kilómetros cuadrados de extensión”. ¡Y pensar que todo podía haberse evitado vendiendo las colonias a tiempo, sin disparar un solo tiro y con enormes ventajas para la economía española! El balance final no puede ser más desolador: “Hecha la liquidación de aquella guerra, desde el grito de Baire habíamos gastado sin fruto seis mil millones de pesetas tirándolas por la ventana del Ministerio de Hacienda al Ministerio de la Guerra y de éste a la manigua y al mar”.³⁰

El poema *A una reina del gay saber* es una pintura del panorama de la España inmediata a la derrota militar: parálisis económica, paro, presión fiscal, impotencia de los políticos, la oligarquía amordazando al país. Si España quiere renovarse, deberá empezar a utilizar el sentido común: “Déjese de alancear gigantes / el viejo hidalgo de infeliz mollera. / Sancho no sueñe con Baratarias Ínsulas, /el buen Quijano hacia su casa vuelva”. De marcado acento elegíaco es el poema *Regeneración*, publicado por el político y poeta valenciano Teodoro Llorente en su diario *Las Provincias* de Valencia³¹ el 2 de septiembre de 1900: “rasgada está la palpitante entraña / de esta Nación robada y malherida / y quédale de su realeza unguida / corona de irrisión, cetro de caña”.

En el capítulo de su novela *Canuto Espárrago* titulado “El Desastre” resume Ledesma los dos años que siguieron a la derrota ante los Estados Unidos, en los que “la daga florentina” de *Velisla* (Silvela) y “la espada de Bernardo” (el Ejército) hubieron de enfrentarse a un desorden cotidiano: “por un lado asomaba la reacción su bonete, por otro la revolución su gorro frigio, por allá el separatismo su barretina, por acá su boina el carlismo, menudeando los motines en las calles, las protestas en los mitins, los cierres de tiendas en las poblaciones, las huelgas en los talleres, el desasosiego en todas partes, y las cargas de caballería en algunas”. Todo lo cual se considera “demasiado poco para la magnitud de la derrota sufrida”: ante “el mayor desastre de su historia”, el pueblo estallaba en “inocentes algaradas”.³²

Aunque el movimiento de las clases neutras, al que Ledesma apoyó con su libro *Los problemas de España*, tuvo unos prometedores comienzos, enfrentándose al sistema con sus cierres de comercios y su negativa al pago de contribuciones, lo que culminó en una auténtica rebelión fiscal, fracasaría finalmente atacado desde muy diversos frentes. Muchos años después del hundimiento de la *Unión Nacional* de Basilio Paraíso, Santiago Alba y Joaquín Costa, el escritor confesará su personal desengaño ante la evolución de algunos de los hombres por los que apostó en 1898. En su obra autobiográfica *Mis obras y mis días*, escribe: “¡Ah! ¡qué desengaño! Esos hombres resultaron también unos ambiciosos que buscaban sólo sustituir a los anteriores con el pretexto de la indignación por la derrota. Qué podía esperarse de un joven como el sr. Alba, que sólo quería pescar un acta de diputado para discursar y llegar a ministro y de un don Basilio Paraíso, vendedor de espejos en Zaragoza, que eligió esta nueva política para hacer propaganda de su mercancía? / De nada sirvió mi auxilio con pluma y palabra a esas que creí tentativas de regeneración acometidas por hombres nuevos. Ahí tenemos a don Basilio

30 *El libro de los recuerdos*, “Cómo empieza y cómo acaba”, III, 4.

31 La carta en la que Teodoro Llorente comunica a Ledesma la publicación del poema en su periódico puede verse en nuestro artículo “Un epistolario inédito...”, p. 33.

32 *Canuto Espárrago*, “El Desastre”, t. II, Quinta parte, capítulo primero, p. 111.

hecho rico en su tienda y al sr. Alba hecho ministro, convertido en un intrigante parlamentario, en un cacique de Valladolid y un aspirante a proseguir si llega a la presidencia del Consejo las inveteradas mañas de siempre en el manejo de la cosa pública y el timo a la soberanía nacional". Y sobre Joaquín Costa, "el león de Graus", hallamos el siguiente testimonio entre los papeles inéditos del escritor: "Costa, con la doble llave al consabido sepulcro quería que no se hablase más de heroísmos, que se enjuiciase a la monarquía responsable de la derrota y que se instaurase una República. (...) El país sufrió las cargas del desastre y Costa, "el gran español", como le llamaban, desde el fondo de su notaría de Madrid siguió protestando inútilmente en medio de nuestro corrompido estado social hasta que agobiado por el dolor y parálítico no pudo arrastrarse más hasta la tribuna ni dejar oír desde ella la voz elocuentísima de sus apotegmas regeneradores mezclados con su iluso republicanismo".³³

El 6 de marzo de 1901, con gran escándalo por parte de Ledesma, regresa al poder Sagasta, el máximo culpable, a su juicio, del desastre del 98.

En 1905, y aprovechando el tercer centenario de la aparición del *Quijote*, el abogado decide encomendar al hidalgo cervantino la simbólica restauración del antiguo poderío imperial de España. Así, entre los capítulos XVII y XX del Libro Segundo de su novela *La nueva salida del valeroso caballero don Quijote de la Mancha*,³⁴ el héroe manchego luchará por devolver Gibraltar al Imperio del Toboso y por conseguir la unión con Portugal y con Hispanoamérica, a fin de que Dulcinea pueda recobrar la virginidad perdida a manos de un gigante patagón. Todo lo culmina con éxito con Quijote, no sin antes haber tenido que vencer a un terrible gigantazo norteamericano que vive a la entrada de Nueva York (la Estatua de la Libertad), que, cual nueva Esfinge, le plantea como desafío unos versos cuyo sentido ha de desentrañar: "Fui primero flor, / después pez sutil, / luego redentor / y acabé en reptil".³⁵ El héroe dará con la solución del enigma: "¡Primero fuiste Flor de mayo, porque el navío "Flor de Mayo" trajo a los primeros de tu ralea a este continente; también pez sutil, porque como pez surcó aquel navío las olas, desde el viejo al nuevo mundo; luego redentor, porque de tu raza salió un Lincoln, que redimió a los esclavos de sus cadenas; y hoy eres reptil, porque han sustituido a tus generosidades las insidias y malas artes de los reptiles, y con ellas has arrebatado a España lo que era suyo y la has deshauciado del Mundo que descubrió".³⁶ Tras su brillante victoria, y una vez recuperados en calidad de botín los territorios usurpados a España en 1898 por los norteamericanos, don Quijote recorre las ciudades de Chicago o Nueva York, ya anexionadas al Imperio del Toboso.

La guerra de Cuba tiene un especial protagonismo en el drama inédito de Ledesma *Jacobo el poeta* -que mereció un accésit en los Juegos Florales almerienses de 1909-. Su protagonista, tras descubrir lo imposible de su amor por su prima Irene, a la que su tío, el banquero don Carlos, ha decidido casar con un hombre de negocios sin escrúpulos, marcha a Cuba como corresponsal de guerra, tras lo cual se alista como soldado buscando la muerte y tiene ocasión de luchar junto a Joaquín Vara del Rey en las trincheras de El Caney. Cuando ya en España oye discutir

33 Fondo "Antonio Ledesma". Biblioteca "Francisco Villaespesa" de Almería.

34 Barcelona, 2 vols, 451 pp.

35 *La nueva salida...*, Libro Segundo, cap. XIX, p. 396.

36 *Ibid.*, p. 397.

sobre una guerra que no debió haber tenido lugar, Jacobo no puede evitar la indignación: “¡Infames! para no luchar, no comprometer a una Nación, a un bravo y pundonoroso ejército y menos sacrificar a la escuadra heroica. No quiero hablar de ello porque la sangre se me sube a la cabeza”. Don Luis dirá al idealista joven: “Usted, guiado por sus patrióticos escrúpulos, fue a Cuba, y otros, más prácticos, fueron a las Cubas”.³⁷

La preocupación de Ledesma por Cuba pudo muy bien haber influido en la conocida novela de su sobrino Ramón Ledesma Miranda titulada *La Casa de la Fama*,³⁸ en cuyos capítulos finales se recoge la heroica actuación del almeriense Juan Calahonda en la guerra de Cuba, justo tras la llegada a la isla en 1895 del nuevo capitán general Martínez Campos para enfrentarse a la insurrección que encabezan José Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo.

En conclusión: en sus escritos -indignados o plañideros- sobre la guerra con los norteamericanos, Ledesma da muestras de su nacionalismo herido y parece alinearse con los puntos de vista sostenidos por los jefes del Ejército, quienes señalaron a los políticos como únicos culpables del Desastre. Junto a la idealización de Moret, de Cervera o de los hombres de las Cámaras de Comercio, en sus textos encontramos la sistemática descalificación de Cánovas y de Sagasta, a quienes considera culpables directos de la pérdida de los últimos restos del imperio colonial español, o los reproches a los “tocineros yankees” por su canallesco comportamiento durante su guerra con España. Hoy sabemos que impidieron la venta de las colonias -solución que siempre defendió el autor de *Los problemas de España*-, aparte de diversas consideraciones sobre el honor y la dignidad nacionales, una oligarquía interesada en mantener, mientras pudiera y con el apoyo del Ejército, su comercio y su explotación coloniales, unos políticos atemorizados ante la idea de causar la caída de la monarquía en caso de tomar semejante decisión y un sentimiento muy extendido de que las colonias -especialmente Cuba: “la isla siempre fiel”, la “perla de las Antillas”- formaban parte inseparable del territorio español.³⁹

37 Escena 7ª del Segundo Acto. Fondo “Antonio Ledesma”. Biblioteca “Francisco Villaespesa” de Almería.

38 Madrid, 1951. La novela, que fue Premio *Cervantes* de ese año, la dedicó el autor a su padre, Ramón Ledesma Hernández, y a su tío Antonio, que tanto contribuyó a su formación y a su afición por la literatura.

39 Es la conclusión que extraemos tras la lectura de los trabajos recogidos en los volúmenes colectivos: *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Juan Pablo Fusi y Antonio Niño (Edits.), Madrid, Biblioteca Nueva, 1997; “1898: ¿Desastre nacional o impulso modernizador?”, *Revista de Occidente*, núm. 2.